

ALFAGUARA

Héctor Tizón

La mujer de Strasser



Héctor Tizón

La mujer de Strasser

ePUB v1.0

SMAGX 01.12.15

más libros en epubgratis.org



© Héctor Tizón, 1997, 2004 y 2011

c/o Guillermo Schavelzon y Asoc., Agencia Literaria

www.schavelzon.com

© De esta edición:

Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A. de Ediciones, 2011

Av. Leandro N. Alem 720 (1001) Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.alfaguara.com/ar

eISBN: 978-987-04-1869-6

Diseño de cubierta: Adriana Yoel

Imagen de tapa: "The Housemaid", de Liz Ridgway

Fotografía de autor: Claudio A. Carrizo

Conversión a Epub: Juliana Orihuela, Luis Parravicini.

Tizón, Héctor

La mujer de Strasser. - 1ª ed. -

Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2011.

EBook

e-ISBN 978-987-04-1869-6

1. Narrativa Argentina . 2. Novela.

CDD A863

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infrac-

ción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

Este libro no es de ninguna manera imaginario. No ha sido escrito a partir de un esquema, sino de una suma de recuerdos confusos, de la sombra de hechos proyectada a través de esos recuerdos y sentimientos que de una y otra manera se reiteraron a lo largo de mi vida.

Hubiese querido imitar en la narración el lenguaje o la forma vaga de los sueños. Pero esto no es posible porque un escritor trabaja con palabras, que podemos acomodar, redistribuir, pero nunca abstraer, ya que las palabras tienen una inevitable carga histórica y la narrativa no puede desobedecer a leyes casi tan inexorables como las de la física. De este modo toda narración será siempre un acercamiento posible, sólo una guía, una propuesta conjetural a la imaginación del otro. Y el resultado, para el autor, siempre será una forma de frustración y un incentivo para volver a intentarlo, una y otra vez.

H. T.

¿Por qué vuelvo una y otra vez a recordar todo esto al cabo de los años, desde este lugar donde sin duda dejaré mi osamenta, luego de tantos paseos, el mismo siempre, junto a la muralla dentro de la cual el río se encajona, descanso para mis ojos obstinadamente puestos sobre una página de Momsen o de Homero, que mis alumnos escuchan sin ostensible entusiasmo? Siempre he buscado la perfección de la frase, aunque sé que no hay nada más ambiguo que la palabra, y así gasté buena parte de mis años para llegar a decir “estéril como una piedra”. Pero no estoy conforme ni satisfecho porque sé que aun las piedras, de algún modo, se transforman, dan frutos: la piedra será también el guijarro, el polvo y el viento.

Aquel día de espaldas sobre el tejado, escondido de mi padre, en silencio y absorto, observé a un gavián en vuelo que luego de la rapiña regresaba a su nido con el pico ensangrentado. Nunca lo olvidé.

¿Cuál es la diferencia entre la vida y un instante? Hay un tiempo en que se cree que no hay otros límites que los escogidos por uno mismo. Pero al cabo comprendemos que todo puede suceder de pronto y para siempre en el andén de una estación, entre un tren y otro o al atardecer, en la fonda de un pueblo perdido y polvoriento.

Hilde. O Hilda o Brunilda; ellos habían escapado, aun a costa de los demás. Habían logrado poner el pie en uno de los últimos barcos todavía inocentes que atravesaron el mar hacia el sur, hacia unas tierras que sospechaban calientes y cruzadas por los vientos. Ellos eran los que tenían la vida por delante, o los que tenían un vago pariente adelantado—que había inventado el té en algún lugar de América que no era precisamente éste—; quedaban atrás los viejos, los que habían tomado partido, los escépticos y los muertos. Y ya aquí las distancias del país tenebrosamente provisorio les ganaron los ojos en una apuesta insensata o sin remedio. El desierto, la distancia vacía, las noches y los días entre polvorosos y tórridos, la estación ferroviaria con aspecto

de galpón improvisado y los aborígenes silenciosos y obstinados que pugnaban con resignada cortesía por adueñarse de sus valijas.

Ahora veo a mi padre con la cara enjabonada. Se afeitaba mirándose en el pequeño espejo que había colgado del árbol. De pronto un estruendo espantoso, un desgarramiento del cielo y el rayo. Tal fue mi primera experiencia de la lógica de Dios. Enseguida apareció ella. Se llamaba Hilde y me levantó y estrechó en sus brazos y yo me hundí en su pecho que olía a madera recién cortada y a sudor, pero no lloraba y todo pasó y luego, mucho después, empezó a llover. A mi padre lo dejaron envuelto en una sábana sobre su cama, desfallecido y por un tiempo trastornado en aquel cuarto sahumado y en penumbras. Ella a veces usaba anteojos de cristales transparentes que le agrandaban los ojos azules y dos gruesas trenzas rubias recogidas por encima de la cabeza y sólo hablaba en alemán cuando como entonces estaba asustada. Mi madre, a quien no conocí, había muerto mucho antes.

Acaso la historia podría ser sólo este mismo paisaje, las montañas sombrías de un color confuso cambiante hora a hora desde el amanecer al crepúsculo, el valle verde y el río y las dos, tres, cinco casas desperdigadas, el barracón, que conforman el módico poblado; queremos decir: un escenario donde es casi obligado imaginar personajes como los protagonistas de esta historia que se va a narrar. Por otra parte, todos estos personajes fueron aquí ellos mismos, con sus nombres y circunstancias reales. Gente que quizás en otras tierras no hubiera despertado la atención de nadie, puesto que los hechos que fugazmente protagonizaron no son sino la repetición incesante de lo que suele suceder cuando en un determinado lugar conviven una mujer y más de un hombre.

Strasser era flaco, fuerte y alto. Al igual que Hilde, su mujer, usaba anteojos que limpiaba continuamente con un pañuelo, con la pechera de su camisa o simplemente con los

dedos. Tenía cabellos lacios, claros y escasos, que cubría con un casco colonial, y pantalones aprisionados en botas de caña alta abrochadas por delante. Era un hombre extrovertido, de risa fácil, a quien le gustaba contar chistes, que decía mal y con los cuales sólo él parecía divertirse. Buen tirador. Pomerano como su mujer aunque su madre —dijo— había sido una condesa polaca.

Cuando hacía ya mucho tiempo que el ferrocarril había llegado a la frontera, la carretera aún mostraba aspectos ruinosos que el estiaje de ríos y corrientes de aguas turbulentas convertían cada año en calamidades. Justamente por eso había venido Strasser a dirigir la construcción del puente sobre el río a comienzos del año 39. Y con él su mujer, que por entonces no tendría treinta años, más bien tímida, con el súbito fugaz desparpajo de los tímidos.

Allí Strasser y un montón de peones aborígenes, a quienes daba órdenes por intermedio de Janos —“No me entienden”, dijo, “o sólo me entienden mal”—, comenzaron a trabajar con sus herramientas y sus manos un par de kilómetros río arriba, en el lugar propicio para desviar el cauce y de este modo dejar el terreno seco y libre en el que se emplazaría el arranque del puente, un centenar de metros más abajo de la casa rodeada de galerías delante de la cual, como un signo de hospitalidad, se erguían dos cipreses.

—¿Y usted? —preguntó Janos.

—¿Yo, qué? —dijo Strasser.

—Si usted los entiende; si se ha dado cuenta de que ellos también hablan, quiero decir.

—Hablan... poco. Y cantan —dijo Strasser.

—Sí.

A lo lejos se escuchó el sofocado estruendo de un cartucho de dinamita, de los que hacían estallar los hombres para remover las grandes rocas de las orillas del río.

—Sí —dijo Strasser.

Pero ya no estaba Janos; entonces caminaba sin prisa por el sendero de sirga en dirección de los estruendos acallados, reemplazados por una casi imperceptible estela de

humo. Y también las montañas semejantes. Nunca sabría si se fue imaginando esto o si lo que ahora recordaba era por esta semejanza. Y este aire parecidamente diáfano, y seco. E inmóvil. Nadie podría probarlo, ni incluso él mismo. Y quizá por primera vez en estos cinco ¿o seis? años volvían a él estas imágenes parcialmente sobrepuestas y silenciosas como ecos de la memoria y él era de cinco años menos tan sólo aunque veinte o treinta, o un siglo menor y nunca, en aquellos meses intensos o muy pocas veces hubiera pensado en su mujer, a poco muerta y en su hijo casi del todo huérfano como ahora en que estos estruendos suenan. Y nada de esto podría traslucirse en la aparente frialdad o indiferencia de su mirada, ahora, cuando caminaba sin obligación detrás de estos estruendos como ecos y cuando, casi al final, se detuvo y allí estaba ella con sus trenzas recogidas, su vestido blanco contra el claro, mirando hacia las aguas del río que corrían y buscaban torpemente su rumbo. La vio y su primer impulso fue ocultarse.

Hilde no vio a nadie y tampoco pensó que nadie la observara. Sólo tenía enfrente esas aguas turbulentas que buscaban paso y el faldeo del cerro contrario, cuando la tarde se oscurecía y regresó apresuradamente, como perseguida por premoniciones ominosas a la claridad del farol en el salón de la casa. Abrió la puerta de prisa y observó el farol que se movía casi imperceptiblemente colgado del travesaño, a dos o tres metros de la ventana que daba al sendero por donde había venido y ya nada se veía y lo llamó, pero en voz baja, segura de que allí estaba. Después se sentó en la mecedora junto a la gran alacena hasta que escuchó unos pasos en el dormitorio y entonces preguntó si estaba allí. Enseguida creyó oír algo como un quejido, un suspiro gorgoteante o una o dos palabras confusas.

—¿Estás ahí? —dijo.

El farol aún no se había quietado y la puerta del dormitorio se abrió lentamente sobresaltándola y los vio. Él tendría no mucho más de veinte años o no mucho menos de treinta y era fuerte y tenía los ojos negros, y por detrás la mujer vieja prendida con una mano del faldón de su cami-

sa, como si lo acabara de atrapar o fuese ciega. Los ojos del hombre eran negros y dulces o indiferentes y la vieja llevaba un pañuelo atado a la nuca.

—Ahí está —dijo la vieja.

—¿Quién? ¿Por qué?

—Ahí está borracho... Éste lo ha recogido. En el camino estaba sentado sobre una piedra y se caía.

Todo esto lo dijo casi sin detenerse, andando en dirección de la salida, cuando ella volvió a hablar dirigiéndose al mozo:

—¿Dónde?

El hombre no dejaba de mirarla.

Ahí —dijo la vieja—. Ahora el sueño será su medicina.

—¿Ustedes quiénes son?

Pero la vieja no dijo nada más y se fue sin apuro, el mozo delante y ella por detrás agarrada de su camisa. Después, Strasser, en su cama, volvió a decir en sueños algo que nadie entendió.

Janos vio desde la distancia la luz aún encendida del farol de la sala. En realidad el farol en la sala permanecía casi todas las noches encendido porque Strasser no pocas veces, insomne o borracho, abandonaba a tientas el dormitorio y deambulaba por la casa en busca de agua, aspirinas o de otro trago y también, no pocas veces, pasaba buena parte de la noche allí, sentado o tumbado en uno de los desvencijados sillones dormitando o despierto pero sin gafas, presionándose a menudo con el pulgar y el índice los párpados sobre los ojos irritados cuando el gato flaco, oscuro e imprevisible, al verlo huía o por el contrario se acercaba hasta sus pies, sus piernas, pero sin permitirle jamás que lo atrapara o simplemente le pusiese la mano encima. Janos desde la distancia vio la luz del farol encendida. La barraca de los peones sí estaba a oscuras. Sentado en el umbral de la galería volvió a los recuerdos de esa tarde. Había como una vaga neblina también en ellos. En menos de un cuarto de hora ocuparon Mirabueno, casi sin bajas y con muchas del enemigo. Pero los garibaldinos cometieron

una equivocación muy grave: olvidaron señalar el terreno y nuestra propia aviación nos ametralló.

El tiempo no es duradero, es sólo menos que un instante. Janos comenzaba a sentir el frío propio del comienzo del alba y creyó escuchar un llanto apagado pero inequívoco a través de la ventana que daba a la galería. Se recogió aún más buscando el cobijo de un pilar. Pensaba en Gilles, siempre con un cigarrillo apagado entre los dedos, que sólo manoseaba y por momentos olía, sin encender. "Mis pulmones", decía, "y el asma". España asediada era por entonces como una luz que atraía los sueños y la imaginación de los hombres. Él junto a dos más, compañeros casuales, había tomado en Buenos Aires un viejo transporte de cereales para luego de veinte días de navegación hacer pie en la escala de Vigo. Dejó aquí a su mujer y a su hijo recién nacido y tardó meses en atravesar las líneas, caminando de noche y ocultándose de día en bosques y matorrales.

El hombre sueña, se empeña y construye. Cada uno lo hace a su medida. Pero su paga es la muerte y el olvido. Él no había querido unirse a la columna de Rajk, aunque aún se llamaba Janos y guardaba en su memoria los relatos en boca de su padre, el último de los siete hijos de un artesano de Bukovina emigrado a América. Se enganchó entonces en un grupo heterogéneo y al cabo de once días partió al frente. A poco de andar el camión en que viajaban quedó inutilizado y lo abandonaron para unirse a la infantería que marchaba a campo través entre un lodazal y unos sembradíos bajo el fuego de la artillería y la aviación enemigas. En tres días avanzaron un kilómetro con apenas un bocado en el estómago y casi sin dormir. Pero en Almadrones todo fue peor.

El frío de la noche se acentuaba y el silencio, los murmullos en el interior de la casa se acallaron, aunque la luz sobrevivía, mortecina. La puerta crujió, casi inaudiblemente.

En Almadrones avanzamos corriendo, agachados y veloces a lo largo de una era abandonada, hasta que la primera ráfaga nos dejó sin jefes. Todos los oficiales muertos, salvo Gilles y yo. Era media mañana nublada y oscura. Desde las

trincheras continuó el fuego; nosotros sin poder ponernos de pie, arrastrándonos entre los viñedos achaparrados, tratábamos de cavar la tierra con las bayonetas, con las uñas hasta sangrarnos los dedos. Cuando cayó la noche se ordenó la retirada. Sólo llegamos dieciséis a nuestra trinchera. Se sirvió café en una marmita que iba pasando de mano en mano, el último era Gilles y mientras intentaba meter su jarro en la marmita apoyada entre sus rodillas una bala le voló la cabeza. Sus sesos se desparramaron en la marmita.

Janos abandonó sobre una piedra la colilla apagada que se había enfriado entre sus dedos y se puso de pie. Cuando lo hizo vio a la mujer, su figura blanca acodada sobre la cerca de la galería, en el otro extremo, y al cabo la voz de Strasser llamándola desde adentro de la casa.

Pero ella se ocultó en las sombras.

Ella comenzó a caminar otra vez en dirección del río. La noche era tibia aquí, henchida en las sombras y saturada de músicas inauditas, llantos de jabalíes, aullidos de zorras en celadas o suspiros de lechuzas allanadas a la densidad de la noche; y los olores que imperceptiblemente se elevan del seno y se desdoblan como miasmas de los pantanos. Ella se quitó las gafas, no las necesitaba porque lo que miraba lo veía con su cuerpo. Creía ver o veía entre los bejucos y el follaje rastroso, confundido entre las piedras negras, el seco encogido del corazón de los muertos y en el aire vivo aún o reticente y agresivo el alarido de las vírgenes sacrificadas en las horquetas de los cebiles, nueras de los impertinentes y de los que creen que la ley está por encima de las ganas, y el llanto sobrecogido de los niños bastardos abandonados sobre negros hormigueros.

¿Cómo había llegado y por qué hasta este lugar remoto?

Tal vez su aparición será recordada por los otros de este modo: primero de pie en el estribo del vagón y antes de que el tren se detuviera en el andén ya estuvo Strasser entre quienes lo esperaban, con su mirada atenta detrás de los gruesos cristales, y extendió la mano, tan alto y fuerte diciendo que era quien venía detrás del aviso telegráfico

que lo anunciara, a construir el puente. La primera imagen de Strasser fue ésa, parado en el estribo del vagón, que luego de un salto ágil y tal vez imprevisto estuvo en el andén diez segundos antes de que el tren se detuviera; él y su valija de cuero, dos valijas en realidad, que enseguida dejó en el suelo para extender la mano y saludar. Así se lo recordará, cordial y muy alto, como un ingeniero llegado del sur. Y por detrás su mujer que nadie supo cuándo descendió y esperó allí, sonriendo, que alguno se percatara de ella. Nadie más llegó ese día.

El río, desmadrado, rugía y en la cocina Eduviges y Tilo, sentado junto a la mesa, descansando luego de haber acarreado las diez brazadas de leña seca, astilladas, hachadas o quebradas a golpes con el contracanto del hacha. Después, todos sentados alrededor de la mesa presidida a su pesar por Janos, también fuerte y flaco pero más bajo que Strasser, duro de huesos, ojos castaños pequeños, tristes o rencorosos quizá, nariz afilada, con aspecto de zorro, la piel curtida sobre todo en el abanico de arrugas junto a los ojos. Se había mudado de camisa y comía la sopa excesivamente agachado sobre su plato. Una muchacha, innominada, detrás de los comensales, con un manojo de espliego atado en la punta de una caña espantaba las moscas de vez en cuando.

Hilde caminó en dirección al río. Buscaba el ruido de las aguas que al deslizarse tumultuosamente la calmaban, pero también la empujaban hacia adentro, como un símbolo. Toda su vida había transcurrido junto a las aguas de un río y junto a las aguas, no de un río sino del lago Molchow, había conocido a Strasser. Ambos en aquella excursión habían abandonado su bicicleta y se internaron bosque adentro. Era verano. Él tenía puestos unos pantalones cortos de cuero y ella estaba de trenzas. Ninguno de los dos tenía nada que temer. La violencia por entonces sólo existía en las ciudades y para unos pocos que, además, nada significaban. Entre su virginidad y la torpeza y el ofuscamiento de él todo se malogró. Después comenzó a llover de pronto, como

ahora, aunque no como ahora —sin los truenos, las descargas, los relámpagos tumultuosos de aquí— sino dócil y apaciblemente, y su hermana Helga y Joaquín aparecieron mojados y triunfantes cuando ella los llamó a gritos y ya estuvieron los cuatro, con sus bicicletas en la mano bajo los grandes árboles refugiados, esperando la balsa para atravesar el lago. Qué remotamente ajenos estaban entonces de este confín, muertos ahora los otros dos. “No quiero recordar”, pensó Hilde. “No me gusta. De nada sirve ya. Para atrás es todo como un sueño y los sueños perturban.”

Antes de cumplir veinte años estaban casados y, a poco, él regresaba de noche cada vez más tarde a casa demorado en reuniones cada vez más usuales a las que comenzó a asistir de uniforme, como los demás. Vivían por entonces en una misma casa con su hermana Helga y con Joaquín; pero ellos ocupaban la planta alta. Joaquín, que murió temprano, se burlaba de aquellas reuniones. Una de esas noches ella fue a buscar a su marido y lo halló con otra. Ninguno trató de escapar, ni siquiera de disimular, ambos comenzaron a vestirse sin prisa antes de que ella descendiera las escaleras del caserón donde funcionaba una taberna y, en los altos, las oficinas de la Juventud. Desde aquel momento él trató de explicarle que un hombre puede amar a una mujer y acostarse con otra. Y desde entonces también ella fue su cómplice. Y ella piensa: “Yo estaba fascinada por él, pero también con la idea de verlo junto a otra y a poco comencé a convertirme en un señuelo para atrapar a otras mujeres. Él era atractivo sin proponérselo, un seductor sin astucia o alguien que no usaba la astucia porque no se proponía seducir. Yo lo observaba pero nunca tenía la certeza de lo que veía, ni de sus actos ni de sus omisiones. En realidad, creo que él era yo misma, o yo quería ser él, ser los dos a la vez. Por eso quizá comencé, primero inconscientemente, a provocar encuentros, relaciones entre él, entre nosotros y otras mujeres, para observar mejor, siendo o tratando de sentirme ajena e íntima a la vez; echándolo en brazos de otra para ser yo misma y él y la otra a la vez. Esto duró un tiempo, no sé cuánto, pero él era distraído o indi-

ferente o simplemente monógamo. Fue cuando comencé a preguntarme si él, Wilhem Strasser, siempre había sido o era para mí el hombre más atractivo. Hasta que me fijé en Joaquín, el marido de mi hermana”.

Ya amanecía y de regreso en la galería sintió frío. En cuclillas, semidormida, vio a lo lejos en la barraca las manibras de Tilo y su madre cargando los tachos de leche recién ordeñada en el *tilbury* y después los vio partir, su ancha espalda blanca cruzada por los oscuros tiradores, y escuchó el chasquido de la fusta sonando en el aire sobre los caballos.

La construcción del puente avanzaba de acuerdo a lo previsto. Las enormes zapatas de las bases debían estar hechas entre el otoño y la primavera, que era el tiempo en que las aguas disminuían. El tiempo anterior —de mayo a agosto— había sido malogrado en estériles discusiones aparentemente sostenidas entre Strasser y Janos pero en realidad impuestas por la caprichosa voluntad del río. Todo esto quiere decir que desde noviembre a marzo, cuando las aguas desheladas y las lluvias hacían su voluntad, los constructores debían esperar resignados, ensimismados en aquella soledad sin embargo lujuriosa.

En aquella soledad en que llovía y todo era monocolor mientras llovía, de día gris y oscuro, negro impenetrable desde el anochecer al alba, se impacientaban los hombres sin saberlo, encerrados e impotentes y las ganas o la imaginación se pervertían o la falta de imaginación y los vagos recuerdos. En la cabaña del obrador, con olor a fiemo de cabra, a humo de madera verde quemada, a piedra mojada, se sucedían entonces esporádicas charlas, intermitentes guitarreos, risas y silencios con salidas breves cuando la lluvia se calmaba, para observar los estragos de las aguas; no había en aquellas horas más remedio que el alcohol y las barajas hasta quedarse dormidos apenas antes de que la pálida señal aloque y fría del amanecer comenzara a insinuarse entre las cumbres de los cerros. Fue uno de esos días cuando ocurrió el primer desafío de Strasser. Trabajaba la cuadrilla en el extremo de una picada que habían abierto